La Selva Lacandona

Octavio Paz

1. Vegetaciones

El título de este comentario puede inducir a error. Como todos sabemos, la selva lacandona ha sido grave y tal vez irreparablemente dañada por las emigraciones sucesivas de campesinos en busca de tierra. La explosión demográfica es la causa principal o, como dirían los escolásticos: eficiente, de esas emigraciones y del consecuente deterioro del medio natural. No es extraño: cada vez que hay exceso de población y pobreza, sea en la Europa del siglo XIII o en el México del XX, el remedio ha sido la busca de tierras deshabitadas o poco pobladas. En el caso de Chiapas, hay que sumar otros dos factores a la presión demográfica: la imprevisión de los gobiernos y la codicia de los ganaderos y los agricultores afluentes. Pero la vegetación a que se refiere esta nota no es la natural sino la de las hojas impresas. La Cuarta Declaración de la Selva Lacandona del EZLN (siglas que parecen un trabalenguas) ha provocado una proliferación verdaderamente selvática de reportajes, artículos y comentarios. Mucho de lo publicado es meramente informativo; otra porción, considerable, está compuesta por las aleluyas y los hosannas de los creyentes en Marcos y sus milicias; otros pocos más han sido exámenes críticos. Me interesaron los últimos. Pienso, por ejemplo, en los de Rafael Segovia, Isabel Turrent, Sergio Sarmiento, José Woldenderg y Federico Reyes Heroles. Me parecieron lúcidos, mesurados y bien escritos. Los antiguos pensaban que la elocuencia y la claridad del pensamiento eran esenciales en los debates políticos; hoy, en cambio, en las asambleas, la prensa, la radio y la televisión predomina un lenguaje confuso y vocinglero: repiqueteo, martilleo y basura verbal. Los artículos que he mencionado son una lección de aseo intelectual. Y paso a mi tema.

Una advertencia antes de comenzar mi reflexión: aunque la posición de los otros colaboradores de *Vuelta* ante el conflicto de Chiapas no es muy distinta a la mía, prefiero hablar en nombre propio. Así evito equívocos y me siento más libre. Empiezo con un brevísimo resumen. Desde que se inició la revuelta condené el recurso a las armas. Mi reprobación no fue unilateral; sin ignorar la responsabilidad de los alzados, sobre todo de los dirigentes, varios entre ellos militantes de grupos revolucionarios partidarios de la violencia, no cerré los ojos ante la responsabilidad tanto de los gobiernos locales como del federal. Durante diez años los alzados prepararon su movimiento sin que los gobiernos locales y los del centro moviesen un dedo, no para reprimirlo sino para atacar las causas de la revuelta: la injusticia, la pobreza y la impotencia de las comunidades para lograr por las vías legales y pacíficas remedio a su terrible situación. No menos responsables han sido las clases acomodadas de Chiapas. La Iglesia también tiene su culpa, no sólo por las prédicas furibundas de muchos clérigos adeptos a la teología de la liberación, sino por negarse a ver que una de las causas de la situación era y es el insensato aumento de la población. (En Chiapas la tasa de crecimiento es del 4% anual.) Agregué, finalmente, que en cierto modo todos éramos responsables pues todos habíamos permitido, en Chiapas y en otras regiones de México, la perpetuación de la miseria de los campesinos y, en particular, de la de las colectividades indígenas. Por todo lo que acabo de exponer fui partidario, desde enero de 1994, de llegar a una solución pacífica del conflicto a través de negociaciones que diesen satisfacción a las demandas legítimas de los campesinos de Chiapas. En cuanto a las otras, de carácter nacional, subrayé que era una materia que afectaba a todos los mexicanos y que deberíamos discutir entre todos.

En varias ocasiones he señalado la vaguedad (¿voluntaria?) de las demandas del Comité Revolucionario Clandestino: ¿qué quieren decir con las palabras *justicia, libertad, democracia, dignidad*? En política, como en todo, las palabras deben tener un significado preciso: Stalin y sus cómplices llamaban "democracias populares" a los países satélites de Moscú. Lo mismo debe decirse de su pretensión de cambiar la Constitución que nos rige por otra: ¿qué principios y conceptos inspiran a ese proyecto? ¿Cuáles son sus ideas acerca de la propiedad estatal y la privada, los derechos de las minorías y de los individuos, la democracia representativa y el método para realizarla? ¿Aceptan las elecciones libres y la

competencia entre los distintos partidos y candidatos o les parece una artimaña de los capitalistas y del imperialismo para continuar su dominación? Piden un cambio pero su voluntad de cambio se resuelve en una interrogación: ¿en qué consiste ese cambio y cuáles serían sus metas?

La Cuarta Declaración no aclara ninguno de estos puntos y añade otros dos no menos imprecisos. El primero es la formación de un Frente Zapatista de Liberación Nacional, fuera de todos los partidos y los gobiernos. El segundo: el Frente tendrá como misión central la elaboración de un nuevo "proyecto de nación". Examinaré estos dos puntos. En cuanto a las otras proposiciones de la Cuarta Declaración: los cinco escritores que he citado más arriba las han examinado con penetración y sería redundante volver sobre ellas. Sólo repetiré que un régimen democrático es, por naturaleza, plural y así implica la alternancia en el poder. Este ha sido uno de los fundamentos de mi crítica al socialismo autoritario y al PRI. (Véase, por ejemplo, *Postdata*, 1969.) Mi crítica se fundó siempre en principios democráticos y nunca fue, como han dicho y repiten algunos mal intencionados, una defensa del imperialismo y del capitalismo. Tampoco he defendido indiscriminadamente al mercado libre. Sobre esto ruego al lector ver mi intervención final en el I Encuentro de *Vuelta* (1990) y los dos últimos capítulos de *Itinerario* (1993). Cierro la digresión y continúo.

La iniciativa de constituir un Frente Zapatista de Liberación Nacional produce perplejidad. En primer término: ¿por qué *zapatista*? Es un adjetivo que deja fuera a todos los que no son zapatistas, es decir, a la mayoría del país. La finalidad de ese Frente también me deja perplejo: se trata de crear un organismo político que expresamente renuncie al objetivo central de la acción política, sea esta democrática o revolucionaria: la toma del poder. No es extraño que varias personalidades de la izquierda, sin excluir a destacados dirigentes del PRD, hayan recibido la proposición con recelo y aun con franca repulsión. ¿Se trata de desalojarlos de la vida pública? Al lado de las reacciones negativas, muchos periodistas e ideólogos de izquierda han recibido con la boca abierta la proposición. Les parece una asombrosa novedad histórica que rectifica radicalmente a la doctrina tradicional de los marxistas y los revolucionarios. Extraño espejismo lógico y político: hacer política fuera de la política. El Frente sería una instancia distinta y superior a los gobiernos, los partidos, los grupos y los individuos. Sería la conciencia política de la sociedad, a un tiempo su censor y su ejemplo. El Frente ejercería su acción de crítica y supervisión no *con* los partidos y los gobiernos sino *a través* de ellos y *sobre* ellos.

La novedad histórica de este proyecto tiene una antigüedad de dos mil años. Apenas constituida, la Iglesia Católica, en sus dos ramas, la romana y la bizantina, proclamó su potestad espiritual y moral sobre la sociedad y sus gobernantes. En Bizancio y después en Rusia, la Iglesia se fundió con el Imperio. En Occidente se transformó en un poder autónomo del Estado pero con jurisdicción moral y política sobre los monarcas, los barones y los siervos. Triple fundamento de la potestad espiritual de la Iglesia: las Santas Escrituras, la voluntad de Dios y la de su representante sobre la tierra, la Iglesia. Frente a los monarcas, los señores y las cortes: la jerarquía eclesiástica y, en la cúspide, el Papa. Una parte central de la historia de la Edad Media es la de la lucha entre el Papado y el Imperio. No creo que sea impertinente recordar que el gran poeta católico Dante fue partidario de la separación entre la Iglesia y el poder temporal. Sus ideas lo llevaron al destierro. Por esto, en la región más desolada y negra del infierno (Giudecca, el círculo de los traidores) están condenados a ser eternamente devorados por Satanás los máximos pecadores: Judas, traidor a Jesús, y Marco Bruto y Casio, culpables del asesinato de Julio César, el fundador del Imperio.

La disputa entre la Iglesia y el poder temporal se prolongó varios siglos. En los albores de la Edad Moderna el adversario no fue el Imperio romano-germánico sino los monarcas absolutos, representantes del nuevo actor histórico: la nación. La lucha no terminó sino hasta el siglo XIX, con la separación definitiva entre el poder temporal y el espiritual, hoy aceptada por la misma Iglesia. En México el conflicto se inició en el siglo XVI, al otro día de la Conquista y no finalizó sino hasta el triunfo de Juárez y los liberales. Todos aceptan ahora esta separación. Uno de los rasgos más simpáticos y modernos del PAN es que, a pesar de la filiación católica de sus fundadores y de la inmensa mayoría de sus miembros, desde su nacimiento ha sostenido siempre su independencia frente a la Iglesia.

La ideología del Frente delata nostalgia del dogmatismo teológico. Estamos ante una traducción o transposición laica de la antigua supremacía espiritual y política de la Iglesia. En lugar de las Santas Escrituras, el "proyecto de Nación" que el frente debe elaborar; en lugar de Dios, un ídolo abstracto y sin substancia: la sociedad civil; y en lugar del vicario de Cristo y sus obispos, los Comités revolucionarios y sus jefes. Dije traducción o transposición; podría haber dicho: caricatura. El punto flaco de esta utópica construcción está en el núcleo mismo de la idea que la inspira: la sociedad civil. Es un término que, a fuerza del uso y del abuso, ha perdido su significado original. Hay una diferencia abismal entre el concepto de divinidad y el de sociedad civil. La divinidad es una; la sociedad civil es plural y heterogénea. Está compuesta por grupos distintos: hombres y mujeres; ricos y pobres; propietarios, técnicos, trabajadores y campesinos; católicos, creyentes en otras religiones y ateos; nativos del norte, del sur

o del centro; miembros de esta o de aquella familia o círculo. La sociedad civil es un conjunto de subsociedades y grupos diversos, en continua pugna y continua convivencia. Dios es uno y es uno su vicario en la tierra; la sociedad civil es muchas voces y nadie puede hablar por ella. Ni los gobernantes ni los partidos ni los obispos ni los filósofos: siempre habrá grupos e individuos en desacuerdo. De ahí que sea radical la oposición entre la democracia representativa y otras doctrinas, como la "voluntad general" de Rousseau o la dictadura del proletariado, ya sea en la versión de Marx o en la más extrema de Lenin. Nadie puede ser vocero de la sociedad civil porque la naturaleza de ésta es plural, heterogénea, diversa. Así, la idea de crear un Frente político independiente del Estado, los partidos y los grupos, no sólo es irrealizable; además y sobre todo es profundamente antidemocrática.

Paso a la segunda y más breve parte de mi comentario. La Cuarta Declaración reconoce, con honradez y realismo, que hoy los partidos de izquierda —se refiere especialmente al PRD— carecen de un proyecto nacional. Es lo mismo que he dicho con frecuencia. Pero en la Cuarta Declaración no aparece una pregunta central: ¿por qué el PRD y la izquierda carecen de un proyecto? La respuesta es clara como el agua de las lagunas chiapanecas: el derrumbe del socialismo totalitario en Europa y su lastimosa prolongación (¿agonía?) en tiranías como las de Cuba y China, han desprestigiado de tal modo a esos regímenes que nadie, ni siquiera el EZLN, se atreve a proponer la resurrección de ese sistema.

Mi respuesta es incompleta. Para completarla, debo referirme ahora a las democracias liberales capitalistas. Su política frente a los totalitarismos —el nazi y el soviético— fue muchas veces contradictoria y vacilante. Primero quisieron apaciguar a Hitler; después, no tuvieron más remedio que recurrir a las armas y acabaron por derrotarlo. Su política ante el régimen soviético, tampoco exenta de oscilaciones, fue llamada "de contención". Finalmente, tras de los largos años de la guerra fría, la economía de mercado mostró de modo inequívoco que era superior a la economía estatal. El ocaso de la Unión Soviética, a pesar de su inmenso poderío militar, comenzó a hacerse visible cuando los dirigentes comunistas se dieron cuenta de que jamás podrían alcanzar y aun menos superar a las democracias liberales en los dominios de la economía, la ciencia y la técnica. Pero la guerra fría no explica del todo el desenlace: la Unión Soviética cayó bajo el terrible peso de su historia. Una palabra define al pasado ruso: despotismo. Primero, el zarista; después, el de los bolcheviques; fundido a los dos, el despotismo imperial, que mantuvo unidos por la fuerza a muchas naciones de lengua, cultura y religión distintas. La caída del despotismo comunista desencadenó el estallido de los nacionalismos y la disgregación en unos cuantos meses de un imperio que comenzó a formarse en el siglo XV. Pues bien, la caída de la Unión Soviética nos ha hecho ver ahora con mayor claridad los vicios y defectos de las democracias liberales capitalistas. La crítica al sistema que nos rige ha recobrado toda su vigencia y actualidad. El mercado es el motor que mantiene a la economía pero asimismo es la aplanadora que aplasta pueblos y naciones enteras.

Por todo esto es necesario que surja de las cenizas de la historia del siglo XX una nueva idea, un proyecto distinto. No es fácil prever en qué consistirá ese proyecto ni qué formas adoptará. Mi reserva es razonable: no es exagerado decir que la historia universal es un cementerio de profecías fracasadas. Puedo, en cambio, suponer que ese proyecto deberá recobrar lo que todavía está vivo de la herencia política y social de la modernidad: el liberalismo y el socialismo. Además, el proyecto deberá ser universal pues nos enfrentamos a fenómenos comunes a todas las naciones. Un ejemplo inmediato del carácter mundial de la situación: uno de los agentes determinantes que causaron la deplorable situación de nuestras finanzas fue la especulación financiera nómada. Así, el mal reside en el sistema económico contemporáneo. Mejor dicho, en la ausencia de sistema. Pero esto es asunto de otra reflexión.

¿El examen de la Cuarta Declaración de la Selva Lacandona termina en una conclusión totalmente negativa? No. En primer término, las negociaciones continúan. Se han prolongado en exceso pero la opinión pública, si se lo propone, puede exigir a las dos partes que las aceleren y lleguen a un acuerdo. En segundo lugar, la Cuarta Declaración, a pesar de todo lo que he dicho, representa un cambio positivo muy importante: la decisión de participar en la vida política nacional de manera pacífica. Si Marcos y sus partidarios, en Chiapas y en el país, quieren sobrevivir como una fuerza política, deben convertirse en un nuevo partido político o asociarse con alguno de los ya existentes. Esto es lo que anhela la inmensa mayoría de los mexicanos.

A 13 de Enero de 1996

2. Poda

Apenas escritos estos comentarios y cuando me disponía a enviarlos a la imprenta, leí entre asombrado y divertido las cartas que se intercambiaron Marcos y Monsiváis (*La Jornada Semanal*, 14 de Enero). Los dos son inteligentes y tienen humor; los dos, también, son prolijos y confusos. Por mi parte, trataré de ser suscinto: no hay tiempo ni espacio para más. Los dos se ocupan de las relaciones entre la moral y la política, un tema que ha preocupado a los hombres desde el nacimiento de la filosofía política, es decir, en Occidente, desde Platón y Aristóteles. No tocan lo que ha sido y es

el meollo del asunto: la relación entre los medios y los fines. En la Edad Moderna fue tratado por Maquiavelo pero también por los teólogos (los jesuitas en particular), por Kant y por la Ilustración. En nuestros días fue el centro de la polémica entre los bolcheviques, los socialdemócratas y los demócratas liberales. Monsiváis y Marcos se refieren sobre todo a la oposición entre eficacia y moral. Es útil comparar sus posiciones pues son reveladoras no sólo de sus personas sino de los términos del actual debate político en la izquierda.

Monsiváis es más concreto. Critica con razón a la moral fundada en la mera eficacia. Me temo, sin embargo, que confunda eficacia con éxito y éste con corrupción. El culto a la eficacia le parece una corrupción acomodaticia. Su descripción es realista: el PRI y los gobiernos que se han sucedido en el país desde el fin de la lucha armada han sido fuente de corrupción. ¿Lo han sido también de ineficacia? Y si es así, ¿han sido ineficaces por ser corruptos? Monsiváis no se hace estas preguntas. El poder, casi siempre, corrompe (como el dinero, la fama, la belleza física y los otros bienes terrenales). Todas las instituciones políticas, religiosas y académicas, tienen la infausta tendencia a petrificarse en burocracias. Sordas a las quejas de los de afuera, las burocracias aplacan a los inconformes con dádivas o los reprimen con la violencia. La Iglesia, una vez constituida en institución, tuvo que enfrentarse, en los siglos III y IV, a los disidentes gnósticos. Los combatió con las armas de la polémica pero también con la fuerza. Así logró extirpar a las sectas que llamó heréticas. Como la historia la escriben los vencedores, sólo hasta hace unos pocos años, gracias al descubrimiento de una biblioteca gnóstica, escondida en el siglo IV en unas ánforas enterradas en una cueva de Egipto, nos hemos podido enterar de la verdadera significación del gnosticismo. El fenómeno se ha repetido una y mil veces: un movimiento religioso o político, para consolidarse, se transforma en una institución regida y administrada por un grupo; brota la rebelión de los disidentes; enseguida, los rebeldes son asimilados y forman parte del grupo dominante o son aniquilados por la fuerza bruta.

Tardamos más de mil quinientos años en conocer las doctrinas gnósticas, algunas de ellas admirables. En nuestro siglo hemos sido testigos de una abominable falsificación: los procesos de Moscú y la propaganda en contra de Trotsky, que pretendió convertirlo en un agente de los nazis. ¿Qué hacer ante estos abusos? Si se quiere acabar con la corrupción o, al menos, combatirla y limitarla, no hay sino dos recursos. Uno es el ejemplo y la prédica moral; ni uno ni otra son muy convincentes para la mayoría. El otro remedio, el mejor, es la democracia con su complemento: la independencia y el equilibrio de los poderes. Es una maquinaria pesada pero capaz de moverse con el combustible de la crítica. La discusión abierta y pública purifica la atmósfera y sanea las conciencias.

La oposición entre corrupción y eficacia no es, en muchos casos, significativa. Se puede ser eficaz sin ser corrupto. En el sentido recto de la palabra, ser eficaz no es sinónimo de acomodaticio. La eficacia, más bien, es la condición *sine qua non* de cualquier política, sea conservadora o revolucionaria. La eficacia, a su vez, depende de otra condición: la política que se adopte debe ser viable. Monsiváis no toca el tema y por esto su descripción, sin ser falsa, es incompleta. La verdadera discusión no se agota con la crítica (necesaria) de la corrupción sino que debe contestar a la pregunta central, la relativa a la eficacia. Monsiváis admite que los partidos de izquierda no han sido eficaces. ¿Lo han sido los gobiernos que nos han regido? Y si no lo fueron, ¿había otras políticas más eficaces y, sobre todo, viables?

Naturalmente ni la eficacia ni la viabilidad son los criterios únicos para juzgar una política. El fundamento, la piedra de toque, no es ni puede ser sino moral. Hitler y Stalin fueron eficaces, más el segundo que el primero: Hitler vio su política hecha añicos y no le quedó más recurso que el suicidio; Stalin murió en su cama y sin ver cómo se volverían realidad, treinta años más tarde, sus delirios de paranoico. En verdad, ninguno de los dos fue realmente eficaz: sus construcciones se derrumbaron en unos cuantos años. No sólo no eran viables: eran inmorales y despóticas. Así, el fundamento de una política eficaz debe ser doble: viable y moral. En lo segundo Monsiváis tiene razón. Sin embargo, desde el principio, de Buda y Confucio a Kant y Marx, se discute el significado de la palabra *moral*, sin que se haya llegado a un acuerdo unánime. Me resigno, no tanto por escepticismo como por humildad: pienso que todas las respuestas son relativas. Sin embargo, después de las terribles experiencias del siglo XX —los campos de concentración, la bomba atómica— creo que podemos dar un comienzo de respuesta a la pregunta. Una política que sea al mismo tiempo moral y eficaz tiene que partir de los principios que inspiraron a la modernidad en su nacimiento: la libertad, la igualdad y el puente que las une, la fraternidad. Libertad e igualdad son dos nociones absolutas, incompatibles y enemigas: la libertad amenaza siempre a la igualdad y ésta a la libertad. La libertad y la igualdad son absolutos, por esencia irrealizables; pero nos podemos aproximar a ellos. ¿Es poco? Yo diría que es mucho. La fraternidad, la solidaridad, los humaniza: dejan de ser abstracciones absolutas y se resuelven en políticas eficaces y morales. Realizar esto, así sea parcialmente, es muy difícil. Pero la historia de los hombres es una sucesión de empresas difíciles e imposibles. Y con esto se puede pasar al texto de Marcos.

El ensayo del Subcomandante es más complejo y literario. A veces anda por las ramas, como él mismo di-

ce, y gasta mucha pólvora en infiernitos: diatribas en contra del Presidente Zedillo, Castillo Peraza, Salinas, Muñoz Ledo, Prigione, etcétera. Una parte de mí lo aplaude: son sanas la insolencia y la falta de respeto; otra lo lamenta: la pasión no puede ni debe atropellar a la justicia ni a la razón. No es lícito, por ejemplo, condenar a Carlos Tello Díaz por ser nieto de Porfirio Díaz: todos somos hijos de Adán. El humor de Marcos, sus idas y venidas, me hacen sonreír aunque a veces me exasperan por su falta de coherencia. La invención del escarabajo Durito, caballero andante, es memorable; en cambio, sus tiradas poéticas me conquistan a medias: esos cuernos de la luna, de estirpe gongorina, que iluminan la noche de las montañas del Sur, aparecen con demasiada frecuencia en poemas, cuentos, novelas, pinturas e incluso en el cine y en sus carteles. ¿Y sus ideas o, mejor dicho, su idea? Su exposición comienza con una imagen osada y atrayente: un espejo se ve en el espejo de enfrente. ¿Y qué ve? Su imagen, sólo que invertida, al revés. Marcos quiere así, me imagino, escapar del maniqueísmo: ellos son los malos y nosotros los buenos. Con su parábola nos dice que todos somos lo mismo y el mismo. Por desgracia, un poco más adelante afirma que, a pesar de todos los pesares, hay una diferencia básica entre *ellos* y *nosotros*. ¿Quienes son ellos? Los opresores. ¿Y nosotros? El pueblo que pide justicia y que la hará. Demasiado simple y maniqueo.

La metáfora de los dos espejos frente a frente no es enteramente válida desde el punto de vista de la historia del siglo XX. Los regímenes totalitarios de nuestro tiempo —pienso en el soviético y en sus versiones asiática y latinoamericana— no son la imagen invertida de las sociedades liberales capitalistas. Los sistemas totalitarios han sido la gran y terrible novedad histórica de nuestro siglo. Olvidarlo o minimizarlo es imperdonable. No, el socialismo burocrático no es simplemente una réplica invertida del capitalismo: fue algo nuevo, distinto y aterrador. Reconocer esta verdad es el comienzo de la gran rectificación histórica e intelectual que nos exige nuestra época. Repetiré lo que he dicho mil veces: las fallas y los crímenes de las democracias liberales capitalistas no disculpan ni justifican los horrores del totalitarismo. Es verdad que esos sistemas —el nazi y el comunista— nacieron después de la catástrofe de la primera guerra mundial, obra de las potencias nacionalistas e imperialistas. Pero el nazismo y el comunismo añadieron algo nuevo en la triste historia de los hombres.

En uno y otro caso la condenación no puede ser total. Lo rescatable de las democracias liberales es precisamente el germen de libertad que les dio el ser y que todas ellas contienen. A su vez, es imposible olvidar que el desastroso fracaso del comunismo se debió a la simplificación y degradación de una aspiración que vive en todos los hombres: el ansia de igualdad. Sin equidad, como la llama el filósofo Rawls, no hay ni democracia ni libertad. Coincido con Marcos en que, en esta hora de México y del mundo, nos hace falta un proyecto nuevo. El mío es muy vago pero incluye a todos, sin exceptuar a los excomulgados por una u otra inquisición. Además, creo que ese proyecto no puede ser únicamente nacional. Desde el siglo XVI, por obra de la Conquista y la Evangelización, ambas anatema para los "progresistas", somos parte del mundo. Marx vio que el sistema capitalista había convertido a la economía en un fenómeno universal, debido a la circulación mundial de los bienes y los recursos. Así extendió al planeta entero algo que es, simultáneamente, su condición de existencia y su crítica: la democracia. En este sentido "somos contemporáneos de todos los hombres".

A 14 de Enero de 1996.

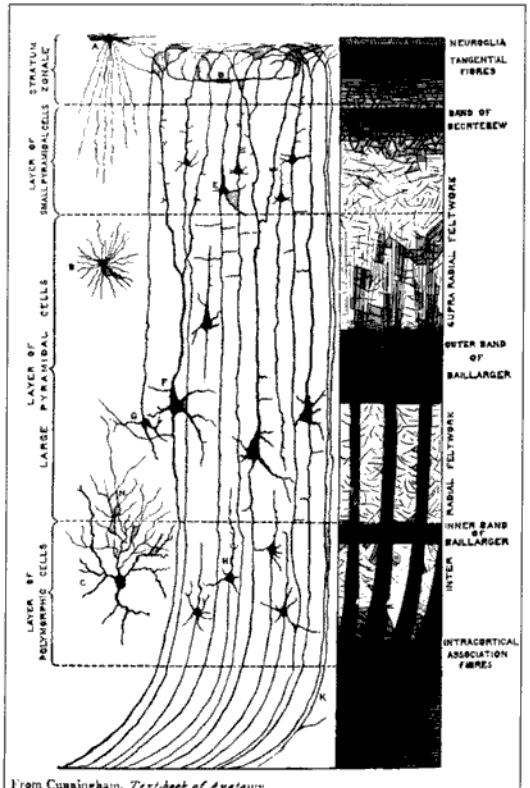

Diagrama que ilustra la estructura fina de la corteza cerebral